



Hacia la noche viva

Armando Rojas Guardia



Armando Rojas Guardia

Nació en Caracas, el 8 de septiembre de 1949. Poeta, ensayista, tallerista literario. Una de las voces fundamentales de la lírica venezolana contemporánea. Entre 1967 y 1973 fue marcado por la experiencia religiosa como estudiante jesuita y como miembro de la Comunidad de Solentiname (Nicaragua) dirigida por Ernesto Cardenal. Cursó estudios de Filosofía en Caracas (UCAB), Bogotá y Friburgo (Suiza); ingresó, en 1969, en el Seminario Instituto Pignatelli de Los Teques, en Venezuela, de donde emergió, en 1971, sin ordenarse como sacerdote; desde entonces se ha desempeñado como editor, investigador y profesor. Ha sido catalogado como parte pensamiento místico latinoamericano y es pionero en iniciativas de inclusión de la comunidad LGBT en Venezuela.

Obra poética: *Del mismo amor ardiendo* (1979), *Poemas de Quebrada de la Virgen* (1985), *Yo que supe de la vieja herida* (1985), *Hacia la noche viva* (1989), *La nada vigilante* (1994), *El esplendor y la espera* (2000) y *Patria y otros poemas* (2008). Obra ensayística: *El Dios de la intemperie* (1985), *El calidoscopio de Hermes* (1989), *Diario meridiano* (1991), *El principio de incertidumbre* (1994), *Crónica de la memoria* (1999), *La otra locura* (2017), *El deseo y el infinito* (2015 – 2017) (2017); *El violín de Einstein* (2018).

**Hacia
la noche
viva**

Armando Rojas Guardia©
Sultana del Lago Editores

Maracaibo, 2019
SEGUNDA EDICIÓN

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY

ISBN: 9781798576144
Depósito Legal: ZU2019000043

Diseño de portada:
Luis Perozo Cervantes

Diagramación y maquetación:
Sultana del Lago Editores

www.sultana.com.ve
+584246723597

Queda prohibida la reproducción y/o comunicación no autorizada con excepción de los casos que impone la Ley sobre el Derecho de Autor en sus artículos 43 y 44. Cualquier individuo u organización que incurriere en el uso no autorizado del contenido de este libro, podría ser castigado de 6 a 19 meses de cárcel según lo establecido en el artículo 119 de la Ley sobre el Derecho de Autor, además de acarrear responsabilidades civiles.

PARTE I

LOS COLORES
DEL CIEGO
(1985 – 1987)

“La oficina se me vuelve una página con palabras de gente; la calle es un libro; las palabras cambiadas con los habituales, los desacostumbrados que encuentro, son decires para los que me falta el diccionario pero no del todo el entendimiento. Hablan, expresan, sin embargo no es de ellos de quienes hablan, ni es a ellos a quienes expresan; son palabras, lo he dicho, y no muestran, dejan transparecer.

Pero, en mi visión crepuscular, sólo vagamente distingo lo que esas vidrieras súbitas, reveladas en la superficie de las cosas, admiten del interior que velan y revelan. Entiendo sin conocimiento, como un ciego al que hablasen en colores”

Fernando Pessoa

Anatema en la Oficina

Es hora de que yo, gregario y mínimo,
autografe como todos la postal,
el lugar común de este desprecio
con el Ávila al fondo. La detesto.

Cada charco es un abrevadero de palomas.
En cada alcantarilla baila un niño.
A veces, una flor de bucare besa el suelo
donde una llanta trituró a un borracho.
La lluvia saca sus iguanas,
sus sapos verdinegros, sus batracios
a engordar con la basura.
El cielo dudoso de sus noches
estupidiza a las últimas estrellas
cuando faroles derribados por choferes
y letras de neón con faltas ortográficas
y semáforos bizcos que apedreó un mendigo
disfrazan la boscosa madrugada
en que los grillos burlan rascacielos
y los rabipelados roban casas de familia.
Detesto a sus mañanas y sus tardes

amontonadas sin más en las aceras,
terraplenes de acres enlodados
junto a pozas de azul y sol bramante
que perfora el insomnio de una grúa
demente en el calor: la avenida
fue inaugurada ayer y hoy envejece
entre nuevos asfaltos que la ignoran
porque miles de palas y uniformes
no pueden detenerse, es necesario
que todo se haga joven de improviso
licuada la memoria en el cemento,
el patio de la infancia subastado
a tractores sonámbulos que viajan
por el aire letal de nuestros sueños.

La detesto ritual, lujosamente:
a sus sótanos, sus torres, sus estatuas,
su río excremental, su nombre incluso.
Y mientras sueño con el mar que me la esconda
en un viaje de espumas imposibles,
me aguardan mis papeles de burócrata.

Madrugada

Errantes los minutos. Y tenaces.
La fiebre cerebral de la conciencia
da tumbos sobre el agua
caliente y aceitosa.

Esas luz
depila mis cejas, mis pestañas.
Jadea el texto: sólo espasmo
para acallar esta jauría
del alma bajo el cuerpo.
Me abro al clan de los difuntos
cóncavo y lunar en la ventana:
mi padre viene a hablarme,
íngromo en su flux de oficinista
que desearían cremar los dedos de poeta.
Detrás camina transpirando
su herencia irredimible, el estupor
ante sellos y firmas y membretes.
Junto al farol despierto de la calle
las vísceras de un hombre moribundo
contienen el oráculo ignorado.

De repente, sin pedido,
¡qué atisbo sensorial del purgatorio!
Otra zona del aire levitándome.
Abro enormes los ojos porque flota
la inminencia de la gran epifanía.
Pregunta por mí la ligereza.
Bajo la disciplina de las mantas
empapado despunto en pulcritud.
El olor de las camisas de mi padre
es igual al de su barba, que me expande
un escozor fragante al darme un beso.
Ahora sólo la quietud -sagrado vórtice
de paz entre las sábanas-
logra alcanzar esa frontera
-súbita, agrietada, medular-
del gallo de la aurora.

Siesta del ser

El vago olor del tedio, ya expandiéndose,
ensancha el aire grueso de la siesta
donde una acacia sola bisbisea.

(El humo del cigarro arde en los ojos
con un vapor de lágrimas sudadas:
el llanto de existir tiene un pretexto).

Enorme se ve el polvo de las cosas
junto al cáncer silente de luz áspera.

Como el ojo de Dios, el sol penetra
hasta escarbarme blando en una cuna
donde yazgo por fin entre mis heces.

La vida: estiércol último y acuoso,
detritus virginal, bosta de fiebre
fecundando la flora del espíritu.

Ante el viento vibrante de chicharras
se desmorona el barro de las ingles
y mis huesos blanquean en el vientre
de una vasija fría, casi tumba,
que resguarda mi paz y la convierte
en simple escalofrío vertical.

Bajo el tácito río del verano

—presentido en lo hondo de mí mismo—
las vísceras enlodian y humedecen
la seca voluntad, la lucidez
desértica, la cal de la aridez:
mi conciencia se pudre en el abono,
en el sepulcro (de humus) que la aguarda.

Llueve afuera

Quién lo iba a decir:
que la luz sosegadora,
la que ordena este mundo
y lo rescata para siempre
de las aguas brumosas, primordiales,
consista en esta mínima
habitación de hotel
donde te miro intacto
sobre la superficie de las sábanas,
Moisés salvado entre los juncos
para mis ojos asombrados,
no sé si paternales o infantiles
pero insomnes:

reencontrarte
en la noche grumosa de septiembre
como un árbol lunar bajo el relente
—no te inundan las sombras, te resguardan—
respirando dormido, apenas cierto
por el neón que se enciende
y se apaga al final de la avenida
hasta ofrendar tu desnudez
a la resurrección del alba.

Andante

Litúrgico y grave, lo leías,
recostados los dos sobre las sábanas
fragantes con tu olor, perfumes húmedos
de esa casa vacía donde el eco
de pasos y voces retumbaba,
respiración silvestre de cobijas,
tú hecho fronda en el cuenco de la almohada.
En el rito de tu voz, Lezama sube
convocando a las presencias de la noche
como la lámpara llama a los insectos:
la cama, el escritorio, tantos libros
y papeles dispersos en la alfombra,
el cenicero donde aún arde tu cigarro,
las desnudas paredes y las puertas,
la quietud vertical de los cristales:
todo asciende a la luz, las cosas vibran,
zumban, danzan, vuelan, se aproximan
a quemarse en la lumbre de Lezama
sonora por tu boca.

Me recojo,
entrecierro los ojos para otear

el sagrado esplendor que se me esparce,
mientras pongo mi mano sobre el astro
de tu sexo para asir

el sideral,

el cósmico compás de tu voz ronca.

De pronto, un azoro de ramas golpetea

la ventana: el suntuoso

tacto plural de la llovizna

buscando a Lezama en pleno cuerpo.

Lluvias

Tiembla agosto, poroso y tumefacto.
Chapotean los autos en la sombra.
Cada gota lineal que gluglutea
es un alfilerazo en una zona
mítica del cuerpo. Vuelve el pánico
a ser virgen como fronda de apamate
tentada por las aguas. Y la memoria
trae un mapa caliente de perfumes:
mi madre, atmosférica, me llama
al fondo del zaguán de los abuelos
hacia el útero del sueño.

La ciudad,
este inmenso espejismo dibujado
por los vidrios sonoros que en el aire
erizan los neones:

sobre el charco
del alma fulge y quema
un anuncio intermitente, rojiazul
como el nombre del circo de la infancia,
donde un empapado equilibrista
ya no sabe saltar sobre la cuerda.

Duermes

Duermes en el fondo. de la casa.
Entre tú y yo los muebles, las alfombras,
los ruidos arbitrarios de la noche.
No puedes oírme. Te visita
el ojo de luna del poema.

Decreto endurecer este silencio
donde flota aún el **buenas noches**
hasta hacerlo una hoja de cuchillo,
un lápiz filoso que ahora escarba
esa inocencia fácil en que yaces
para devolverte al nacimiento
y su terror, cuando la gloria
empecinada y brusca de vivir
era el vértigo apenas (poseerse
como cuerpo a sí mismo abandonado),
un quejido quemándote la boca,
aquel áspero cuenco de los dedos
que te arrastran al frío, te golpean,
te obligan a inhalar el aire incómodo,
la angustia del contacto, los pezones

y su leche de llanto entre los labios,
el sabor animal de una epidermis,
la caricia salobre, la alternancia cruel
de desatención y mimo,
ese grumo numinoso: el excremento,
un escozor sabroso en plena pelvis,
el trueno de las voces, los contrastes
volátiles y efímeros: las sombras,
la textura del mundo despertándote
al festejo de la piel, lo móvil
como una indisciplina del espacio,
el tiempo sin relojes, la memoria
duplicando la dicha y el horror.
Y entre el padre y la madre, tu deseo
donde viaja una promesa: sólo yo,
que te aguardo central, pacientemente.

Otra mínima noche me desvela
mientras duermes. Ya termino.
Se hace gruesa la punta de mi lápiz.
Todo sigue en su sitio, leve y justo
Me desvestiré a tu lado, como siempre.
Pero apagada la luz, y aproximándome,
sé que voy a temblar cuando me acueste.

Esta noche huele a Samarkanda

Estoy harto de ti, y la noche cómplice
me obsequia el olor de Samarkanda.

Sí, nada me importa: contra tu voz
esta noche estampo en las paredes
el eco azul de los Urales.

Esta noche agrieto el cielorraso
con la luna del Congo, acuchillada.

Esta noche me hurgo, me introvierto
a ver si logro extraerme una palmera
mojada por el Eufrates, la roca
lavada por los vientos del Mar Rojo.

Esta noche adelgazo para entrar
en el pico de un flamingo de Sumatra
o en el cuerpo vibrátil de un insecto
que hoy zumba junto a un seno de Nairobi.

Esta noche me visto con chilabas
para otear al Nilo desde lejos
en cada cerradura, para escuchar
a mi cama respirando como un búfalo
que pace en el reposo de las sábanas.
Esta noche abro cristales y postigos

al mar, al mar, al bronco Atlántico
que eyacule espumoso mi deseo
de naufragar sobre hielos de Groenlandia,
más allá de Terranova, como un vikingo.
Esta noche

—te lo juro aburrido, felicísimo—
burlo a solas el techo, excursionando
por la clara estalactita donde el cielo,
el firmamento todo se me enoja
como una daga helada.

Este brandy nocturno

Este brandy nocturno me devuelve
a una humedad de piel, doble fragancia
de sudor y tabaco, énfasis negro
que el vello expande frente a mí
con sabor a corteza, la ebriedad
hospedada en mi cuerpo como entonces,
aquel bosque solar junto a la boca,
tu muslo aprisionado, licor hondo,
la pólvora de ingle que ahora bebo.

Fondo Negro

Limpia y fría, la noche de diciembre
es la imagen perfecta de mi alma:
Caracas arde afuera, indiferente,
mientras yo soy un hueco
l i v i a n í s i m o
donde caen flotando los minutos.
En nada pienso ahora. Y nada añoro.
Ninguna obligación. Ninguna agenda.
Apenas esta ingrátida quietud
para llenar de música (Satie, acaso)
y lentos cigarros y silencio
y el negro sueño de la paz, vacío.

Plegaria Matutina

Que esta luz sea en verdad el principio
y esta ropa limpia la manera
de vestir, agasajándolo,
al huésped sagrado e indiscreto
que soy yo de mí mismo;
que mis zapatos sean los zuecos de Van Gogh
inaugurando una jornada
donde el sol se demore
y sea rotundo el pan sobre la mesa;
que la bocanada fértil del cigarro
—la primera del día, la inocente—
coseche a la postre un dibujo fragante:
la rosa de los vientos
parecida a ti, desnudo.

Agua Lustral

“Purifícame con el hisopo ...”

Salmo 50,9

Salgo por fin del tedio
que es el hábito de huir de Tu presencia.
Había elegido el mal
como quien muerde el aire
y castiga al sol tapándose los ojos.
Había elegido el mal. Y lo sabía.

Hoy salgo al aire en paz de lo invisible
diciéndote que sí por estas calles
con el viejo saxofón de mi poema.
Se abre el día

tal un hueco silvestre
—rosada ubre de la luz, goteando.
¿Qué puedo decir que me retrate
así, recién nacido:
los dedos obstinados de la hierba,
la respiración de todos al dormir?
Sí, letra a letra reconstruyo
la inocencia del ser, que ahora levanto
como una fronda erguida, resonante.

La promesa visual

Si mis ojos fueran capaces de mirar,
como Basho y Mondrian contemplarían
este asfalto mojado, el automóvil
reluciente en mitad de la garúa,
la mujer que camina, sus zapatos,
el cielo engordado por la nubes,
aquel reloj que cronometra el vuelo
de un triángulo ligero de palomas
(y en fin, árboles y charcos y camisas
y postes y anteojos y vidrieras),

si me fuera posible mirar **esto**
que en equilibrio puntual ha amanecido
haciendo de la calle una textura
de planos y ángulos sedantes
donde todo, al vibrar, es traspasado
por el único relámpago vacío,

Caracas no sería —desde siempre—
esta costumbre absurda, arrinconada,
sino el centro real del universo

que puede ser cualquiera de sus puntos
para el Génesis libre de los ojos.

(Para Ariel Jiménez)

Cumplimiento

Deberían bastar, sin más preguntas,
la trinitaria abierta sobre el muro,
este libro de Borges que ahora hojeo,
el calor de marzo entre mis cejas
y la noche en puntillas acercándome
el perfume brumoso de tu cuerpo.

Por sólo esta hora blanca que atardece
resonando como el gong de una paz seca
valió la pena haber vivido

Este temblor del aire, lleno de ecos
que ovacionan el cuerpo y lo celebran,
sobrevivió el naufragio de los días
como síntesis final, inmerecida,
del hecho de existir. Digo por eso:
debería bastar el centro del recuerdo,
la bóveda ancestral de la memoria
amparando esta tarde, que ya es otras,
las que ví languidecer, las que perdí
bajo la misma quietud cristalizada,

los crepúsculos que ardieron en mis ojos
y que éste resumen, lentamente.

Por sólo este acorde vespertino
me digo plenitud, justificado

Coda

“Canto y cuento es la poesía”

Antonio Machado,

Quiero creer que fue la madurez. Pero conozco esa calma que me ciñe cuando deseo trampearle al sufrimiento. Te hablé con corrección y cortesía: aquella pulcritud nevaba; sobre ti, temblando en tu mirada. Por fin, endureciéndola. Escuchabas absorto, tal vez estupefacto, esas frases labradas por el ansia de no herirte. Retóricas al cabo. Ellas sólo huían de la mudez que aprontas, de repente, cuando juzgas mi elocuencia, el laberinto de todas las palabras eficaces.

Aparentamos un paseo. Procurábamos sortear aquellas pausas breves tramadas por el tacto, la cautela. Reíamos para agitar esa quietud, que ardía de preguntas por debajo. Mi cuerpo congelado en un solemne bloque de vacío. Tú, todo elegancia, arrancaste un geranio para dármelo erguida, suavemente. Te temí. Tuve miedo de aquel gesto imprevisto que me empequeñecía al lado tuyo.

Al despedirnos, quise que el abrazo dibujara aún, y para siempre, una puntual intensidad, una inocencia. Tu cariñosa firmeza, separándome, conjeturó la torpeza de aquel mimo, su carácter compasivo, ya fraterno.

Desandé el pasillo hacia la calle. No apresuré el paso. La ciudad se abría al pacífico crepúsculo. Yo estaba solo y libre y melancólico. Así quería sentirme. Así de exacto. Las vidrieras espejeaban lo suntuoso y cabal de mi tristeza. Me entregaba a la música grave de mí mismo, la buscada cuando no se desea compartida. ¿Era la paz o simplemente el egoísmo, ducho con los años, sabio incluso? Sólo quería fumar, dormir un poco bajo la sombra frágil de la lluvia, que iniciaba sus pasos en la hierba. Pero antes decidí una tímida ebriedad, para hacer más soporífero el sopor.

Al rozar la copa con los labios, sensuales por la tenue laxitud, ¿dónde sobrevino el asombro impuntual de la ternura? En una región virgen de mi cuerpo cuyo nombre no encuentro todavía. Mi reloj marcó las siete y cuarto: hacía quince minutos

que tu rostro, lívido en la oscuridad del autobús,
se desfondaba en todos. En ninguno.

PARTE II

VACÍO SIN
POLVO
(1987 -1988)

*“En todo, por encima del objeto particular, cualquiera
que éste sea, querer vaciarse, querer el vacío. Porque
es un vacío para nosotros ese bien que no podemos re-
presentarnos ni definir. Pero se trata de un vacío más
pleno que todas las plenitudes.
Esa nada no es irreal. Todo lo que existe, comparado
con ella, es irreal”*

Simone Weil

*‘¿A dónde, pues, he de ir? Debo subir todavía más
arriba que Dios, a un Desierto”*

Angel Silesius

El Hallazgo

*“Oscuridad, de la que yo desciendo,
te amo más que a la llama”*

Rainer María Rilke

El verano, maduro y estallante.

Estación Kurski. Ese viajero

baja del tren infinitamente fatigado.

Lo acompaña una mujer (sacerdotisa

de este viaje ritual, inesperada

vestal para el amante).

Rusia se extiende

en el silencio donde flota el polen.

Arden en los ojos los parterres

por tanta luz floreada, bulliciosa.

Vibran el olor caro de la vida, su salvaje

trama de colores, la esbeltez

concreta de las formas: Lou camina

tan perfectos sus senos como aquellas

líneas translúcidas que a Rainer

lo embriagaron hace meses en Florencia

ante el jardín de Boticelli.

La claridad trae a la mente del viajero

jirones de recuerdos italianos,

el pesado esplendor, la danza sólida
de un paisaje que gira sobre el eje
bien asentado en suelo cómodo.
Pero ahora ese pálido muchacho
al apearse en el andén ya sabe
algo más de sí mismo. No le importa
la fragancia que lo envuelve, como antes.
Otro olor ha conocido, un aire nuevo
que disuelve las cosas, las esfuma
en un vacío sin polvo. Otro esplendor
rozaron sus ojos entreabiertos
a la ignota vastedad, a las estepas
silenciosas y blancas del Espíritu
donde el sol estruendoso se asordina
y la noche congela los deseos
hasta dejarlos transparentes.
Sí, ha visto brocados centelleantes
a la luz de mil cirios, y escuchado
los vítores de Pascua, campanadas
girando entre el otro y el incienso.
Pero transfiguraban lo invisible,
lo que orea entre labios de abedules
al roce del viento de las tundras:
el oxígeno crudo convocándolo

a desfondar al cuerpo distraído.

Lou se adelanta, saluda al anfitrión
en la estación matutina y veraniega.
Rainer cierra los ojos un momento,
un segundo total, sin calendario.

A mi cuerpo

Hermano de la voz adolorida
por el gozo impuntual y su premura,
enjunto servidor de tal anchura,
más lenta al asfixiar sin más urgida,

¿no es hora de que atiendas las razones
del húmedo lamento que me ofreces
cuando otorgo calor a tus rincones
sin saber que sofoco muchas veces

esos ángulos sedientos de otra paz
no por helada y ardua menos clara,
la que acaso tenga el aire de la faz

de un Amado difícil que abrazara
sosegando sin tregua y son solaz?
Que te abraze Su frío, te bastara.

Intentaba mi oración

Intentaba mi oración, sentado
en el balcón abierto a la mañana,
una oración empapada por el sueño,
subacuática a fuerza de arrastrar
desgarrados líquenes de ideas,
sensaciones sinuosas como peces,
corrientes de frases en la mente,
arborescencias últimas de imágenes
que rozan los monstruos paleolíticos:
el terror de ser, el de ser hombre, el de vivir
vertebrado sin más por la conciencia
(ella no pidió llegar al universo
ínglima brotando de los informe
y cargada de faunas todavía).

Cerrados los ojos, intentaba
convertirme en silencio mineral
donde cupiera la mudez de los objetos,
en comunión callada con la silla,
las paredes, los estantes, esa forma
humilde que es la mesa, la extensión

granítica del piso. Se trataba
de apagar en mí toda palabra,
toda elocuencia contumaz, todo deseo
atrapado en las redes del lenguajes.

Luchaba mi oración por ser silencio
a pesar de mis abismos submarinos
bajo el discurso en vaivén, infatigable.
Batallaba la conciencia por dormirse
más allá de sí misma, despertada
sobre la arena sola de ese yermo
que redime en mudez, en horizonte nítido
y filoso los deseos.

Intentaba mi oración. Y no lograba
desbrozar esta selva que me habita
tejida con lianas de palabras.
El balcón era mi cárcel, mi derrota.
Mis nervios irritados hormigueaban
bajo el estruendo de la luz.
Me levanté de la silla.

... Me contuve,
porque un azulejo repentino,
ligero en el patio despoblado,

me miraba de lejos, frente a frente.
Ignorante de sí, me alivianaba.
Ignorante de sí, su azul juzgó
mi propio estupor agradecido.

Terminé mi oración. A Dios le gusta
traducir a veces su silencio.

(A Carlos Pacheco)

Páramo

Vasto velamen de quietud
desarrollada en mí
hasta explayarme.
Mi cuerpo al fin pulpa de sí mismo:
un azul flotante que penetra
la giba innumerable
y la unge y la esbeltiza
y se disuelve en nieve aérea.

Nada puede suplantar ese olor álgido,
la joya de aquel sol
engastado entre las grietas
por donde cruje el agua.

Quiero quedarme allí,
no bajar nunca.
Acuna, Señor, este deseo
y apágame en la sombra de los montes
hasta cerrar mis ojos
para siempre.

Trocado

en simple frailejón
dormido.
(A Leopoldo López)

Persecución de la poesía

Cuando yo te buscaba
aquí, en esta casa
donde las cosas simples
amurallan la costumbre
y me sosiegan, me adormecen
sobre un suelo tangible,
sólidamente sostenido;
cuando quise que llegaras
cotidiana como el té,
reconocible y aromática
como el humo de mi pipa,
tranquila como luz de lámpara,
vibrante como todos los insectos
atraídos por ese resplandor
que me ampara de la noche
y hace dulce el reposo
y lo introvierte;
cuando pudiste ser Coltrane,
saxo erudito que acompaña
a una cena frugal; o tal vez Rilke
leído al levantarme de la mesa

(domesticado Rilke: algunos versos
para aprovechar las horas de descanso
como conviene a un hombre laborioso);
en fin, cuando el letargo
que precede al hábito del sueño
me condujo, atento, hacia la cama
para encontrarte onírica y sonámbula,
sobrevino de pronto la certeza
incluso corporal de que no estabas
en ninguna parte ni en el todo
de esta vida ordenada por la paz,
en ningún lugar sensible
y bajo ninguna luz confortadora
(tampoco en el relato de los sueños).
Quieto e insomne en el silencio,
te supe detrás: sólo el envés
de cada objeto, únicamente espalda
de todas las palabras del poema
(espalda inconseguible, por supuesto,
pero que imanta a la música del verso),
apenas el vacío de las formas
donde ellas se desatan, libres ya
para resolverse en nada pulcra
—una nada dulcísima, compacta—

en torno a la que giran, sin saberlo,
todo idioma de hombres, todo gesto,
toda la sintaxis de las cosas,
noche nítida, nivea del lenguaje
que ensordece al estruendo de las páginas
y desdibuja líneas como ésta
con las que digo el parlamento
de un actor jamás acostumbrado
a la mudez enorme del teatro
cuando todos se han ido y al telón
lo agita sólo el viento,
el viento helado de la noche,
el viento sideral, el que no aplaude,
ni ríe, ni llora, y desvanece
tramoyas, trucajes y escenarios,
es decir, esta ficción decorativa
(pipa y té, lámparas, insectos,
Coltrane, Rilke, sueño con libreta)
abandonada al fin: inútil.

Jarrón con flores

Amarillas las flores del jarrón,
corolas de la luz
dibujando el estruendo de Van Gogh,
aquel sonoro alud
de girantes estrellas con su voz,
su propio, solo grito
derretido en los astros: girasol
arriba, junto al frío
elocuente de un cielo del ardor,
y abajo, en esa mesa
(un rectángulo íngrimo), una flor
audible, casi seca
por el lúcido hogar de la razón
desecha sobre el suelo.

Crisantemos en esta habitación:
a paso breve y lento
caminé hasta mi casa sin amor
por nada ni por nadie
con mi ramo amarillo. Y el reloj
campanilleó en el aire

la memoria del Ángelus. De Dios.

Yo estaba quieto y sordo.

Pero ahora que el ramo fulguró,

lumínico socorro

entre manos clamantes de pintor,

dan ganas de decirle:

“Ya te escucho, no hables, por favor

apaga esos candiles

en el fondo del cuadro, que soy yo.

Permíteme pedirte:

esta noche salvémonos los dos”.

Bautismo de nada

Horizonte compacto, los objetos
me acercan a pérdida de vista.
Cuesta remontar esa frontera
totalmente imantada.
¿Dónde está la grieta, la abertura
imprevista y fugaz como una herida
por donde salir dolientes pero libres
hacia la vastedad insólita?

Curvado hacia mí mismo, autohechizándome,
o encantado por los ojos de Medusa
que levanta el muro de las cosas
(las cosas soberbias y tenaces
en su imposible pátina de paz)
no puedo vivir ritmos, movimientos
y danzas de otras densidades
filtradas de repente en esta luz
dormida del crepúsculo
que arrodilla a la tierra y la desmaya
dejándola porosa, libre al fin
para la materna oscuridad, de la que pido

un poco de atmósfera ligera,
la liviandad precisa de la nada,
la que borra mi nombre y me bautiza
en los labios de Dios, el innombrable.

La cuarta dimensión

*“¿La aridez en el vacío es el primer
y último camino?”*

José Lezama Lima

En la vibración más intensa de la música, en el corazón del paisaje, al llegar a la última página del libro o fumando, simplemente, algún cigarro, en las horas más incómodas del día y, sobre todo, en las del triunfo (arte o cosmos, ante la catedral o el firmamento, junto a la curva del torso o de los senos), he allí, puntual, la sensación imprevista del exilio, la añoranza de un arranque de energía que empezara a expandirnos sobre el límite, el hoyo que reclama forma sin encontrarla todavía, lleno de su propia virtualidad ansiosa.

Resta, por supuesto, el simulacro: compulsiones, histrionismos, carcajadas, ebriedades (un nuevo cigarri- llo, por ejemplo, un tacto contumaz hacia lo que ya se nos mostró gasificado), ruido y furia, es decir, la inhábil saciedad pretendiendo pagar lo que no puede: el déficit, la moratoria del deseo.

Pero, ¿si ofrezco mi ser todo a esa carencia sus-

pendida? ¿si mi cuerpo se aprendiera ese absurdo abrasante que la piel sensorializa con horror? ¿si el vértigo frío y seco de morirse -ahora, no después- me enseñara el ayuno inexorable cuyo único nombre es plenitud?

Entonces, la orilla indestructible, los círculos pacíficos del alma reflejando la elipse de los astros, la cuarta dimensión - así la llama Pound-, el poder sobre las fieras.

Spiritual

Ese susurro, ¿a qué viene?
¿sutura la vieja herida
o la ensancha, más ardida?
Me goza el alma. Me tiene.
Cave muerte o salte vida,
el hecho es que me hace suyo.
Digo que no, me escabullo
de esa voz tan conocida
pero la fuerza, dormida,
no obedece si le huyo.

La voz negra. Su cuidado
que se me congela en cerco.
Le tengo miedo a su terco
peso dulce en el costado,
es decir, Dios calibrado
junto al centro de mí mismo.
Gravita un aire de abismo.
Quisiera pasar de lado
pero tal Dios es el mío:
sensible y pleno vacío.

Me surge adentro un deliquio
al escuchar sin querer.
Vuelve el amor a doler
—este verso, un hemistiquio
del soterrado placer
de confesarle al poema
que me enamora el teorema
cantando en voz de mujer:
Dios no es asunto, no es tema,
sino pasión donde arder.

*(A la memoria
de Mahalia Jackson)*

Todo está soportado por la risa

*¿Qué son los siervos de Dios
sino bufones que tocan el corazón
de los hombres llenándolos con el
buen humor del Espíritu?"*

Francisco de Asís

Todo está soportado por la risa,
la paciencia del humor.
A esta masa selvática de cosas
que hormiguean, al zumbido
de su abejear insomne, a esta mañana
obesa de la luz, a la lujuria
cromática y sonora de este día
amanecido apenas y ya ebrio
de su propio trajín trasnochador,
en fin, a todo el peso
que es el mundo grávido de sí,
solamente la gracia lo sostiene.

No hablemos de la historia.
¿Cómo no se disuelve, aniquilida,
la épica sangrante, la fatiga
de volver a empezar, el lunes cierto
que se muerde la cola, victimario

y desayunando su masacre?

Yo mismo no entiendo esta constancia
disonante, ruidosa de mi espíritu,
insecto alado que no puede
posarse al fin en una lumbre
que sin embargo lo convoca.

Nadie sabe que la gracia, sólo ella,
sufre el drama letal del universo
y su rutina exacta, establecida
en códigos de orden repetido.
Debajo de la ley flota el humor
que disuelve las cosas, las redime
en una ingravidez, un horizonte
donde se desanuda lo compacto
y lo justo, elevado de potencia,
ya no se reconoce ni se quiere
a sí mismo, monótono y puntual.
Es la misericordia de la risa.

(A Miguel Márquez)

La plegaria de Husayin Halladj

(Bagdad, 17 de marzo, 922)

El inocente patíbulo me aguarda.
Antes me aguardaron el crepúsculo,
la cotidiana cisterna del sueño,
el hambre al mediodía y, sobre todo,
ese presagio súbito, carnal,
que verifica el éxtasis:
metáforas plurales de este instante.
Ahora, pues, me invade la certeza
cuyas cifras gocé, una por una:
el sol del día siguiente, un despertar,
una mesa servida y el ardor
donde el ímpetu del alma se desata.
Si el umbral fatigoso no me apena
pues mil veces lo crucé, mi cuerpo erguido
perdonará que lo entregue sin demora.

Pero el terror aturde esta confianza.
En la arenosa celda una visión
extiende para mí constelaciones,
fragancias minuciosas que me cercan,
la ovación de los astros señalándome,

muchedumbres de alas y de pétalos.
Tanta estridencia atroz es mi congoja:
yo aspiraba al simple roce de tu paz,
¡Altísimo y Clemente y Bien Amado!

(A Lulú Giménez)

Minutero

Marzo 2. Yermo despoblado. Paladeo sólo arena.
Flor de cactus, el alma se abre sobre las espinas,
polvo- riente en el solazo.

Marzo 4. Cargado de sequía, la lluvia no acaba de
estallar. Engordan las chicharras.

Marzo 7. Salgo a la calle con temor. Me muevo
incómodo en medio de la universal transpiración
de las cosas. No tengo mirada sino para el envés
donde suda cada hombre, cada objeto, el estercolero
de la histo- ria. Allí fraternizamos con un grueso
bestiario: nuestra naturaleza pasta, orina, se
aparea, hediondamente ingenua bajo la canícula.
¿Quién dijo pesebre, quién un asno bueno, un terso
buey para amparar al niño espíritu, gimiendo?

Marzo 15. ¿Cómo pude olvidar la existencia de
esta duna inmóvil, donde mi madre tose alma en
la cami- lla?

Marzo 16. ¿Sortear la avalancha de cal ciega, dirección hacia la solar desolladura?

Marzo 17. Señor, ¿te he llamado alguna vez polvo lunar? Hoy fosforeces como un astro que emite aburrimiento. Te añoro en un ápice de gloria, como antes. Te padezco.

Marzo 20. Sonámbulo, camino. Voy dando traspiés, pero con la certeza de que el sudor sobre mi espalda dibuja un mapa de gotas, una fresca geometría.

Marzo 25. Son cinco las llagas, su ardor quieto. Cada noche pascual, en Florencia o en Nairobi, el esbelto, firme cirio las proclama todavía.

Marzo 26. Como el ahogado, ceso de luchar. Me abandono a la asfixia del bochorno.

Marzo 28. El primer aguacero bate ya sobre un cadáver. ¿La crueldad inminente, salutífera de abril: un retono asomado en las cuencas vacías de la calavera? Sin embargo, cierro las ventanas

al plexo viviente de la lluvia. Me quedo quieto, mirándote. Ahora sé que Tus ojos son los del anciano aquel, el del asilo. Me veía sin verme, sin respuestas, desde la exhaustiva cama del dolor, desde el erial de los siglos, desde siempre.

Marzo 30. Te he aprendido la faz, la decepcionante red de las arrugas, la carne amojamada. El horrible esplendor de la belleza.

Abril 1. Sigue lloviendo. No me importa. Paul Celan, al ir en pos del agua última del Sena, luchaba por custodiar su propia sed, aquel lúcido insomnio bajo la lámpara de Auschwitz.

(A Gonzalo Ramírez)

Donde se habla de la luz, de la belleza

1

La hez llegaba en barcos. El Caribe
era opalescente en el crepúsculo,
pleno de laxitudes, de fragancias
que llamaban a soñar, casi dormidos,
con carne mestiza de mujer.

La hez bajaba al puerto, simplemente,
y su hedor invadía las callejas
tramadas con esmero, los balcones
labrados de aromática madera,
las unánimes flores aplaudiendo
junto a cada celosía, cada alcoba.
Evacuaban los barcos su excremento
y en el muelle algún mohín lo recibía,
algún ademán brusco de los ojos
soportando un momento esa sentina
expuesta a la luz pulcra de septiembre.
Sólo un hombre, de pie en el empedrado,
percibe el olor negro como suyo;
la olfatea con delicia minuciosa
en un éxtasis sobrio, arrebatado

por ese perfume que deslustra
al mundo de sus mares, sus crepúsculos,
sus flores bullangueras, sus fragancias,
y lo deja desierto, yermo apenas
donde fulgura, sola, la hez hedionda
como el único sol del universo.

2

Una isla del Pacífico. Veinte años
trajina otro hombre sobre el suelo
poblado de palmeras. ¿Quién no quiere
disfrutar de la paz de una mañana
cuando las olas arden, resurrectas,
y los vítores del alba nos saludan,
bajo el estruendo de los bosques?
Ese anciano no toca el mar helado
para ungir a su cuerpo y bautizarlo
con el agua solar. Otro bautismo
ha amanecido hoy sobre su carne.

Tanto tiempo perdura en esta isla
que ya no se recuerda en otra parte.
Y sin embargo, junto al río saludable
y vivaz entre los juncos,

frente al manjar de la existencia
que pide una holganza, una molicie,
él no ha sido feliz. Se trata, sólo,
de que atienda los cuerpos ulcerados
por una roja aridez, un alba en llaga.
Pero eran cuerpos de ellos, de los otros.
El suyo estaba tenso, suave, higiénico
para el solaz de la selva, para el mimo
que ofrecía el elogio de estar sano.
Ese era su espanto, su derrota.
No compartir llagas, sólo verlas.
(Cuido los ardores, no los siento)

Y hoy, por fin, esta mañana,
la sorpresa feliz lo desvanece
hasta borrar el brillo de la aurora
en esa gema blanca que ha buscado
desde hace veintes años: una mancha
en el muslo, de repente. Sólo una,
presagio exactísimo de tantas.
Ahora puede marchar hacia la iglesia
a decir en el sermón, erguidamente:
“Nosotros, los leprosos ...”

Hay formas y colores todavía.
La terquedad de la luz. Su reincidencia.
Espesor —que amanece, que atardece—
del cosmos retardado, entretenido. No quiero
esperar más: la cita aguarda.
¿Quién me iba a decir que lo buscado
al final del laberinto de mis páginas
consiste en ese hedor, en esa llaga
que no desean los ojos ni el abrazo,
lo tinto de blancura de tan negro?
El neto esplendor del paraíso
es tabla vertical, gélida y dura.
La noche más fría que los astros.
La cruz de Juan de Yepes.

(A David González y Belford Moré)

Dies Natalis

Todo fue un mínimo estertor.
Me dilapido en paz: sólo agujero
donde sueno por fin a carcajada.
¡Oxígeno al revés, espalda de aire!
Llena se expande mi ceguera:
gozo el vacío de mis ojos.
Una lápida el mundo, simplemente
—bailo en torno a ella, desceñido.
No me busquen allí. Ya no me nombren.
Los clavos y el lanzazo, mi epitafio.

(A Manón Kübler)

Contenido

pág	
9	Anatema en la Oficina
11	Madrugada
13	Siesta del ser
15	Llueve afuera
16	Andante
18	Lluvias
19	Duermes
21	Esta noche huele a Samarkanda
23	Este brandy nocturno
24	Fondo Negro
25	Plegaria Matutina
26	Agua Lustral
27	La promesa visual
29	Cumplimiento
31	Coda
39	El Hallazgo
42	A mi cuerpo
43	Intentaba mi oración
46	Páramo
47	Persecución de la poesía
50	Jarrón con flores
52	Bautismo de nada
54	La cuarta dimensión
56	Spiritual
58	Todo está soportado por la risa
60	La plegaria de Husayin Halladj
62	Minutero
65	Donde se habla de la luz, de la belleza
69	Dies Natalis

Este libro se diseñó y exportó para su publicación en Amazon y posterior edición en Impresión Bajo Demanda, el día 3 de marzo de 2019, en el Taller Editorial del poeta Luis Perozo Cervantes, ubicado en la ciudad de Maracaibo, en el estado federal del Zulia, al norte de Suramérica, en continente descubierto por Cristobal Colón, dentro del Planeta Tierra; el mismo día pero del año 2013, que falleció Sabino Romero Izarra (nacido el 9 de febrero de 1965) y murió asesinado en Chaktapa, municipio Machiques de Perijá; quien fuera Cacique yukpa, luchador social por los derechos de su pueblo, defensor de la recuperación y demarcación de los territorios ancestrales. Fue asesinado cuando se dirigía desde Chaktapa, comunidad donde vivía, a votar en la elección del Cacique Mayor.